

**bam  
bú**  
**AMÉRICA**

**Candela  
y el misterio  
de la puerta  
entreabierta**

**Reyes Martínez**



Editorial Bambú es un sello  
de Editorial Casals, SA

© 2015, Reyes Martínez, por el texto  
© 2015, Mercè López, por todas las ilustraciones  
© 2016, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambuamerica.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2016

ISBN: 978-84-8343-424-6

Depósito legal: B-16907-2016

*Printed in Spain*

Impreso en Anzos, SL

Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 0034 91 702 19 70 / 0034 93 272 04 45).

**Candela  
y el misterio de la  
puerta entreabierta**

**Reyes Martínez**

Ilustraciones de  
**Mercè López**

**bam  
bú**  
EDITORIAL



# 1. Una voz en el viento

**Candela estaba mirando** por la ventana. Todos los días la misma historia. Estaba harta de números, mapas, ríos y tablas de multiplicar... La lección de hoy era especialmente aburrida, al igual que su profesora de lengua.

–A ver, ¿alguien me sabe decir qué significan las palabras *sabia* y *savia*? ¿O es que escribí mal en el pizarrón alguna de las dos?

El desconcierto era general. Solo levantó la mano Sergio, el sabiondo de la clase. Siempre era él quien sabía todas las respuestas. Parecía que en lugar de en una cama, durmiese encima de una enciclopedia.

–Profe... ¡Yo lo sé!

–No me cabe la menor duda, Sergio, pero quiero saber si hay alguien más en esta clase que merezca ganar mi materia. A ver... Carlos... ¿Puedes contestar?

–Es que... bueno, yo sé que están bien escritas las dos, pero no sé qué significa cada una –contestó Carlos mientras la cara se le ponía de lo más roja.

El pobre Carlos era el niño más tímido de la clase. Hasta que habían llegado a 4<sup>o</sup> de primaria sus profesores no habían conseguido que contestara a ninguna pregunta que se le hiciera delante de sus compañeros. Pero su tutor de 3<sup>o</sup>, Higinio, se dio cuenta de lo que pasaba y le preguntaba la lección durante las tutorías, comprobando que era uno de los mejores alumnos de la clase. Ese verano sus papás habían decidido llevarlo a un psicólogo, que se ocupó de que Carlos hiciera ejercicios que, al menos, atenuaran un poco su timidez. Parecía que iban surtiendo efecto. Al menos ahora contestaba, aunque su cara seguía poniéndose muy roja cuando hablaba.

–Yo sé que *sabia*, con *b*, significa una mujer que sabe mucho de casi todo –contestó Álex de repente–, pero no tengo ni idea de lo que significa *savia* con *v*.

–Ya veo, me parece que hay que estudiar un poquito más –dijo la profesora algo enojada–. Candela, ¿te contaron las nubes lo que significa *savia*? ... ¿Candela?

Un codazo sacó a Candela de su ensoñamiento. Llevaba bastante rato mirando por la ventana ensimismada, sin atender a la lección de lengua. Al mirar a su profesora, la cara se le empezó a poner roja, el corazón dobló sus latidos e intentó tragar saliva, pero su garganta parecía no funcionar.

–En fin, Candela, estamos esperando... todos –dijo desafiante la profesora.

Candela miró a su alrededor buscando ayuda, pero la mayor parte de la clase estaba harta de que se pasara el día soñando. Sus amigos Josemi, Gabi, Nati y Álex estaban demasiado alejados para soplarle la respuesta... si la hubieran sabido, claro.

De pronto, cuando parecía todo perdido, un pequeño soplo de brisa entró por la ventana. Fue muy leve, solo capaz de mover un poco el flequillo de Candela. Pero ella notó una especie de susurro en el oído izquierdo.

–Pues... la *savia* es un líquido que rezuma de la corteza de los árboles. Contiene básicamente agua, azúcares y minerales –contestó con seguridad una más que alucinada Candela.

–Eh... sí... claro, Candela. Pensé que no estabas atenta. La próxima vez, si no te importa, mira hacia mí cuando les esté explicando algo, ¿de acuerdo?

–Sí, señorita Carmen –susurró bajando la cabeza.

Después, miró a su compañero de pupitre, Juan Luis y musitó un «gracias» casi inaudible. Juan Luis, por su parte, la miró con su eterna cara de asco y le dijo:

–No sé por qué me das las gracias.

–Pues por soplarme la respuesta, claro –le dijo un poco sorprendida mientras le miraba a Juan Luis la raya que llevaba en el medio de la cabeza. Parecía hecha con una regla midiendo los dos lados de la cabeza para que quedaran iguales–. ¿Por qué iba a ser si no?

–Yo no te soplé nada. No sabía lo que significa esa palabra, me acabo de enterar –replicó algo ofendido Juan Luis–. Además, si la hubiera sabido, jamás te la habría soplado, no me caes nada bien.

–Sé perfectamente cómo te caigo. Lo mismo te digo.

Si no había sido el desagradable de Juan Luis, ¿quién se lo había susurrado? Porque desde luego ella no tenía ni idea siquiera de lo que estaba preguntando su profesora y la respuesta le sonaba a

chino. Alguien se lo había dicho. ¿Sergio, quizá? Estaba en la mesa de delante. Su enorme trasero sobresalía por los dos lados de la silla. No, imposible, Sergio jamás daba una oportunidad a alguien de quedar por delante de él. El resto parecía no estar mirándola. Bueno, ya se enteraría. Su mejor amigo, Gabi, la miraba con mucha atención desde el otro lado del aula. Esperaba que luego le explicase cuándo se había aprendido el significado de esa palabra.

A la hora de almorzar, los cinco amigos se esperaron fuera de la clase para volver juntos a la casa. Todos vivían cerca y siempre hacían lo mismo. La primera en llegar a la casa era Nati. Quedó con Candela para ir por la tarde a clase de música. Nati tenía una voz... La voz más dulce que Candela había oído en toda su vida. No había nada que Nati no pudiera cantar. A Candela le daba una envidia tremenda. Ella no es que cantara mal, pero no había ni punto de comparación. Candela estaba aprendiendo a tocar la guitarra; Nati, el violín. Por ahora solo conseguían sacar alguna que otra nota, pero iban mejorando, aunque su profesor de música no estaba muy de acuerdo.

–Hasta luego, Natividad –le dijo su amigo Josemi con retintín.

–¡Otra vez! –replicó muy enojada Nati–. Te dije mil veces que no me llames así. No me gusta nada y lo sabes.

–Nati, parece mentira que no lo conozcas ya –le dijo Gabi–. El día que deje de importarte que te llame Natividad, dejará de hacerlo.

–Ya lo sé, pero no puedo evitarlo. Me pone muy nerviosa.

–Bueno, luego nos vemos, Nati –se despidió Candela.

El siguiente en despedirse fue Josemi, que vivía dos calles más lejos. Después tenían que dar un pequeño rodeo para dejar a Álex. Era un soñador. Siempre iba leyendo. No le importaba lo que fuera. Si se podía leer, Álex lo leía. Cuando llegaron a la puerta de su casa, Álex paró, al igual que Candela y Gabi, pero ni siquiera los miró para despedirse de ellos. Les hizo un gesto con la cabeza sin levantar la nariz del libro y subió los seis escalones que lo separaban de la puerta de su casa. Parecía tener un radar para no tropezar con nada y se sabía el camino de memoria. ¡Increíble!

Después llegaron a la casa de Gabi. Se quedaron un ratito charlando en la entrada. La mamá de Candela llegaba de trabajar un poco más tarde y ella siempre esperaba para llegar cuando su mamá

ya estuviera en casa. No le gustaba mucho estar sola.

–Candela, ¿sabías la respuesta de la profe? –le preguntó intrigado Gabi.

–¡Qué va! Alguien me la dijo.

–¿Que alguien te la dijo? ¡¿Quién?! –exclamó Gabi con cara de extrañeza.

Mentalmente recorrió a todos los que se sentaban cerca de ella en la clase y no encontró a nadie que pudiera soplarle la respuesta.

–Imposible –concluyó Gabi–. Seguro que ya la sabías y, de repente, te acordaste.

–Bueno, si tú lo dices, seguro que tienes razón –concluyó Candela, sabiendo que no era cierto.

Lo que había pasado ese día durante la clase de lengua era inexplicable. Ella había oído la respuesta, estaba segura. Pero mejor sería no darle más importancia. Se despidió de su amigo y se fue hacia su casa.

Solo una calle separaba la casa de Gabi de la de Candela. En esa calle había varias casas viejas. Era una de las zonas más antiguas de la ciudad. Varios almendros se alineaban en las calles. Sus hojas formaban al caer alfombras blancas alrededor de ellos. Los pájaros cantaban a la primavera recién comenzada. Algunas de esas casas estaban rehabilitadas,

otras habían sido sustituidas por casas nuevas. De algunas solo quedaba alguna pared más resistente que las demás. Pero tras una verja de hierro, semio-culta por una barrera de hiedra, se hallaba la casa más vieja de la ciudad. Permanecía en pie como por arte de magia. Sus ventanas y sus puertas estaban firmemente cerradas. Las telarañas y el polvo formaban parte de su fachada.

A Candela le fascinaba mirar hacia aquel lugar. Se sabía de memoria cada detalle. Cuántas ventanas había, los cristales que estaban rotos, las tejas que faltaban en el tejado, cada árbol y arbusto del jardín... No se acercaba, siempre la miraba desde la verja. Formaba parte del regreso a casa de cada día.

Aquella tarde un detalle captó su atención, pero no era capaz de saber qué era lo que no encajaba. Miró la casa de arriba abajo y de lado a lado, pero no encontró nada. Tras varios minutos, decidió rendirse y marcharse a casa. Pero justo cuando comenzó a andar, se dio cuenta de lo que era. La puerta de cristal del balcón en el primer piso estaba entreabierta. Era la primera vez que veía una variación así en esa casa. Pero una cosa había segura, la tarde anterior esa puerta estaba cerrada. Por un momento pensó en entrar. Ya casi lo había decidido cuando oyó una voz a su espalda:

–¡Candela! ¿Qué haces aquí?

Al mirar descubrió a su mamá con cara de preocupación. Entonces se dio cuenta de que hacía ya un buen rato que tendría que haber estado en su casa. Seguramente, al ver que no llegaba, su mamá se habría preocupado.

–Lo siento, mamá, no sabía que era tan tarde. Me entretuve hablando con Gabi y luego, al llegar aquí, vi que esa puerta está abierta y me pareció muy raro.

Su mamá miró hacia donde Candela señalaba. La niña pudo ver cómo ponía cara de miedo y se subía el cuello de la camisa como si de repente tuviera mucho frío.

–No quiero que entres en esa casa, hija, ¿de acuerdo?

–Pero mamá, es que es un poco raro que esa puerta esté así. Nunca estuvo abierta y ahí no vive nadie desde hace un montón de años...

–¡No, Candela! –cortó tajante su mamá–. ¿Me oyes? No quiero que entres en esa casa jamás. Dicen que está embrujada.

–¡Qué bobada! –contestó Candela con cara de escepticismo–. La gente es un poco chismosa. Como la casa está ahí desde siempre y encima está deshabitada, se inventan que está embrujada, claro.

–Sea como sea, no quiero que entres nunca aquí.  
¿Prometido?

–Muy bien –contestó Candela con tal de que su mamá se tranquilizara un poco.

Mientras se alejaban de la casa, Candela oyó un susurro que le decía: «Vuelve pronto.»

Se sacudió un poco la cabeza como si se le hubiera taponado un poco el oído y se fue con su mamá intentando no pensar en lo que había oído, ni en la puerta entreabierta del balcón del primer piso.

Por la tarde, la mamá de Nati las llevó a la clase de música, donde Candela, sin mucho éxito, intentó aprenderse unos acordes sencillos en los que el profesor había depositado sus esperanzas. Pero fue en vano. Además de sus pocas dotes musicales, había que añadir su falta de concentración. En su mente solo veía puertas entreabiertas y podía sentir como el viento le susurraba toda clase de cosas. Su viva imaginación había sido liberada y volaba a su antojo. Cuando volvían a la casa, pasaron por la de la enredadera (que así había decidido llamarla Candela) y, con asombro, comprobó que la puerta estaba cerrada de nuevo. ¿Se lo habría imaginado? No, no podía ser. Su mamá también lo había visto, ¿no? En cuanto llegó a casa se dispuso a comprobarlo.

–¡Mamá! ¡Mamá! –exclamó algo nerviosa Candela–. ¿Dónde te metiste? ¡Mamá!

–Candela, deja de gritar – dijo su papá mientras salía de la cocina–. Mamá fue a por algo de cenar, porque creo que se le fue un poco la mano con el pollo asado. A no ser que a ti te gusten los pollos bien morenitos, claro. Je, je.

–Mamá mía. Está carbonizado. ¿Qué es lo que le falló ahora? ¿El horno? ¿El reloj de cocina? Porque por supuesto que no habrá sido despiste suyo, ¿no? –preguntaba divertida Candela mientras le guiñaba un ojo a su papá.

Los dos estallaron en una sonora carcajada. Cuando llegó la mamá a la casa se encontró al papá y la hija riéndose sin parar en la cocina. Con una mezcla de alivio y disgusto comprobó cómo ni a su marido ni a su hija les había molestado lo más mínimo lo del pollo, pero eso sí, se estaban riendo a su costa.

–Vaya, ya veo que les resulta muy divertido que no me haya funcionado bien el reloj de la cocina (en ese momento Candela se anotó mentalmente un tanto). A ver si se siguen riendo cuando no les haga nada de cenar –dijo simulando estar muy enojada.

–Mamá –comenzó a preguntar Candela–, ¿te acuerdas de cuando me encontraste esta tarde al lado de la casa de la enredadera?

–Claro, pero ya te dije que no quiero que te acerques allí para nada.

–Sí, pero ¿recuerdas que había una puerta entreabierta en la primera planta? Es que cuando nos traía la mamá de Nati de la clase de música, estaba otra vez cerrada.

–Bueno, será que estuvo cerrada todo el tiempo. Seguro que nos daba el sol de cara y nos pareció otra cosa –contestó su mamá al tiempo que salía de la cocina dando por zanjada la conversación.

Candela siguió pensando en lo que podía pasar. También era posible que alguien hubiera comprado esa casa y la estuviera adecentando un poco para ir a vivir. Comenzó a imaginarse que vendría al barrio una familia a habitar la casa. ¿Cómo serían? Seguramente, un tanto raros. No podía ser gente normal en una casa así. Sería un matrimonio extraño con dos hijos siniestros y un perro. ¡Sí! Un perro muy fiero. También podría ser que la casa la hubiera comprado un hombre mayor muy rico y que la decoraría con tapices y vidrieras antiguas. O también podría ser que la casa fuera a convertirse en un museo, y en ese caso sería alguien del ayuntamiento quien estaba dentro por la mañana, estudiando cómo se podían hacer las exposiciones.

Sea como fuere, en la mente de Candela iba tomando forma una idea, y cuando eso pasaba, nadie lo podía impedir. Al día siguiente iba a entrar.

